

Hace falta más que un baño

Levítico nos habla sobre la pureza de los animales que se podían o no se podían comer. Ahora leeremos sobre la purificación que se aplicaba al hombre o y a la mujer cuando de ellos salía algún tipo de flujo, algún tipo de líquido. En el capítulo 12 hay una atención especial para lo que pasaba con la mujer cuando ella pasaba por la experiencia del parto. Leemos sobre eso en el texto de la Reina Valera Contemporánea que nos dice lo siguiente: “El Señor habló con Moisés, y le dijo: «Habla con los hijos de Israel, y diles: “Cuando una mujer conciba y dé a luz un varón, se quedará impura siete días, como cuando está en los días de su menstruación.”

El capítulo 12 dice además que durante ese periodo de impureza se le sumaba otro periodo más amplio de impureza vinculado a su sangrado de 33 días de purificación. Esa misma situación ocurría por el doble de días cuando nacía una niña. Ella no podía tocar ninguna cosa sagrada y no podía ir al santuario hasta que se cumpliesen los días de su purificación. El flujo que salía del cuerpo de la mujer después del parto la volvía impura ante Dios en cuanto a la posibilidad de acercarse a las cosas santas o al santuario. Para que ella después pudiese volver a la condición de persona purificada, se ofrecía al Señor como propiciación por ella una ofrenda por el pecado, cuya orientación encontramos en los versículos 6 y 7.

Dentro de ese mismo razonamiento, los capítulos 13 y 14 hablan de otro asunto que será abordado en el próximo episodio, en el próximo estudio. Por eso, saltamos al capítulo 15 para seguir con el mismo tema del capítulo 12. En este capítulo leemos lo siguiente: “El Señor habló con Moisés y Aarón, y les dijo: «Digan a los hijos de Israel que todo hombre que tenga flujo de semen, será impuro. En esto consistirá la impureza de su flujo: »Si por causa de su flujo su miembro derrama semen, o deja de derramarlo, será impuro.”

El capítulo 15 abordará la impureza que podría existir en el hombre o en la mujer cuando de ellos saliese algún flujo. Y aquí hay una diferencia entre las dos cuestiones que quizás una lectura sin mucha atención nos puede llevar a la confusión. El texto habla de dos cosas: por un lado, se refiere a un flujo en el sentido de una secreción que tiene que ver con una enfermedad que la persona pueda tener; por otro lado, se refiere a cuando sale un flujo normal tanto del hombre como de la mujer. Por eso es por lo que el texto nos dice lo siguiente: Toda cama en que se acueste el que tenga flujo, será impura. »Todo aquello sobre lo que se siente, será impuro.”

El hombre podría estar contaminado con algún tipo de enfermedad. Todo lo que él tocara, o sobre lo que hubiera escupido, o si derramase alguna gota de su flujo, todo ello sería considerado impuro. Por eso era necesario en todas esas situaciones que el hombre, obligatoriamente, se bañara con agua y quedara impuro hasta la tarde. El texto nos lo repetirá varias veces. “»Todo aquel a quien toque el que tiene flujo sin haberse lavado las manos, lavará sus vestidos, se lavará a sí mismo con agua, y será impuro hasta el anochecer. »Si el que tiene flujo toca alguna vasija de barro, ésta deberá ser quebrada, y toda vasija de madera deberá lavarse con agua. »Cuando el

que tiene flujo se haya limpiado de éste, contará siete días a partir de su purificación, y lavará sus vestidos y su cuerpo en agua corriente, y entonces será limpio.”

Además, debía presentar una ofrenda por el pecado y otra como holocausto para hacer propiciación a causa de ese flujo, esa secreción. Por otra parte, a partir del versículo 16 hace referencia a cuando saliera semen del hombre, que también lo dejaba en una situación de impureza. Por esa razón él se debía lavar con agua y todo lo que en él tocara quedaría impuro hasta la tarde. Lo mismo ocurre con la mujer. Veamos lo que dice acerca de esta situación: “»Cuando la mujer tenga flujo de sangre, y éste se quede en su cuerpo, deberá estar recluida siete días. Cualquiera que la toque será impuro hasta el anochecer.”

El flujo normal que sale del cuerpo femenino traía también una situación de impureza. Y había una previsión para cuando ese flujo no fuese el flujo esperado naturalmente. Por eso, veremos en el versículo 25 que »Si la menstruación de una mujer dura más días de lo acostumbrado, o si el flujo de sangre es más abundante que de costumbre, será impura mientras su flujo persista, como cuando está en sus días. Es importante destacar que tanto los flujos saludables como las secreciones no saludables eran observadas por la ley y ponían a la persona en una situación de impureza. La persona tenía que ser vigilada para que no diseminara su impureza por la comunidad de Israel. Y ella tenía que lavarse constantemente, lavar las ropas y objetos y en algunos casos los objetos incluso eran destruidos, lo que indica la enorme preocupación de la ley por la diseminación de esa impureza. Y el texto sigue diciendo lo siguiente en la parte final del capítulo: “Ésta es la ley para el que se vuelve impuro por tener flujo, o por tener una emisión de semen; para la que tiene su menstruación y para el que tiene flujo, sea varón o mujer, y para el hombre que se acueste con una mujer en estado de impureza.”

Como podemos observar en este pasaje, la regulación lo involucra todo. Y la razón fundamental para todo esto es la que el versículo 31 presenta: “»Así apartarán ustedes de sus impurezas a los hijos de Israel, a fin de que no contaminen mi tabernáculo, que está entre ellos, ni mueran por sus impurezas.»”

Cuando uno escucha este tipo de rituales y las exigencias ceremoniales, pueden tornarse un poco difíciles de entender para nuestro tiempo y nuestras costumbres. Es un poco difícil para muchos de nosotros entender la razón de estas leyes antiguas, pero observaremos que, como ya dijimos, la pureza está vinculada con la vida y está conectada con la santidad. Eso tiene relación con la mentalidad bíblica y hebrea. La explicación es la siguiente, presta bastante atención: todo aquello que tenía que ser vida y se vuelve muerte, se vuelve impuro. Así que el semen del hombre tenía que resultar en vida, tal como el óvulo de la mujer tenía que ser vida. Como ellos no se volvieron vida y terminaron en muerte, ellos están impuros y, por lo tanto, separados del Señor de la vida. Y cualquier flujo que tenga que ver con alguna enfermedad, que tiene que ver con alguna situación opuesta a la vida, está por lo tanto ligada a la muerte, con lo que se pone, claro está, en situación de impureza. Y aunque la razón del texto no es propiamente médica, sabemos hoy gracias al conocimiento médico que esas secreciones, esos flujos, pueden, de hecho, diseminar enfermedades mortales.

Evidentemente, todo tiene sentido cuando lo miramos en profundidad. En Europa, por ejemplo, durante muchos años, se vivieron terribles plagas por no haber un cuidado con principios higiénicos simples como lavar las manos. Pero los hebreos ya tenían un principio vinculado al Dios de la vida, que tenía que ver con la santidad y que estaba relacionado con ese alejamiento de la muerte, de manera tan especial que los preservó de catástrofes con origen en la falta de higiene. Así que hay mucha sabiduría detrás de este asunto, aunque al fin y al cabo la finalidad del texto tenga que ver con el culto. Dios es santo, Dios es especial, con lo cual nadie se presenta delante de él de manera descuidada. Se hace fácil de entender cuando pensamos, por ejemplo, en alguien que va a una fiesta de cumpleaños, a una boda o a una solemnidad especial. Aunque sea natural sudar, nadie va empapado en sudor y oliendo mal a una actividad especial.

Nadie va de manera descuidada, nadie va de manera indebida por respeto y consideración a aquella ceremonia, a aquel momento especialmente separado para los demás. Si eso es así entre los seres humanos, también ante Dios, y los israelitas aprendían a respetar su santidad y su valor especial, y mientras no se purificaban, no podían acercarse al Dios todopoderoso, al Dios verdaderamente santo.